

PRIMERA PARTE

I

El hombre mira el fondo de su plato y suspira. Su emoción es patente. Es la primera ración de sopa que, a manera de preludio, ha engullido y va por la segunda. Sólo que antes se deleita en la contemplación de las pequeñas letras de pasta que han quedado dispersas y en desorden sobre la superficie blanca de cerámica, revueltas aún con restos de caldo y unas pringas negruzcas de pimienta. «Son hermosas», piensa, «y su sabor, exquisito.» Las junta y recupera con la cuchara de plata que sostiene con la mano derecha y las lleva a la boca para que lengua y paladar las palpen, acaricien, antes de tragarlas con un placer sibarita que le empaña los ojos de lágrimas.

Relame sus labios en un acto ritual que lo une con los misterios de una comunión pagana y respira profundamente. Su mágn cae en una ensoñación ligera, para nada trascendente, que lo remite a los momentos en que parado en un risco avizoró unas nubes nimbadadas sobre la superficie del mar y las comparó con las axilas suaves y sedosas de una joven mujer que había visto desnuda en la playa.

Mueve la cabeza para sacudirse las imágenes que amenazan con capturar su atención y distraerlo del momento en que con una soltura exquisita, no exenta de precisión y elegancia, introduce el cucharón en una sopera impoluta, fabricada en Delft y,

con lentitud y cuidado para no derramarla, sirve la segunda porción de su platillo favorito. Decenas de abecedarios latinos se deslizan dentro de su escudilla mezclados con el caldo de carne de res, y mientras unos se sumergen, otros flotan y se ofrecen como víctimas propiciatorias a las primeras cucharadas que introduce en su boca.

Come con parsimonia. Mastica las letras como si sus dientes y muelas estuviesen acolchonados con pequeños cojines de satén a fin de extraerles el sabor y dar pie a que sus papilas celebren un rito silvano entre bosques de árboles de marfil que muy pronto deviene en aquellarre, en orgía nocturnal donde musas y sátiros, azuzados por la acidez de su saliva, se acoplan con gracia y desenfado.

«¡Ah, qué delicia!», musita. Cada cucharada es una celebración a la felicidad y a la vida. Sin embargo, no se apresura. Si por lo pronto consiente a la mucosa que, a manera de caverna bucal, sirve de vestíbulo de su aparato digestivo, lo hace a la espera de la epifanía que sabe disfrutará en el instante en que termine de degustar la sopa: otra vez, como en la primera tanda, vocales y consonantes quedan varadas, al igual que chalupas y sampanes orientales, en el fondo límpido del recipiente de porcelana.

Las observa con detenimiento. Su curiosidad es tremenda. Desea leerlas y descifrar, como si se tratase de los posos de una taza de café turco, el código que ha impuesto la casualidad. Consta que, como es costumbre, en esta ocasión los residuos se han aglomerado en un desbarajuste: muchas equis, es, bes, emes, os, haches mudas, zetas y eñes; nada que le sirva para ordenarlas en una secuencia que conforme sílabas o palabras que transmitan aunque sea un término breve con alguna significación. Algo que valga la pena. Las mira con enfado, juega con ellas un rato hasta que no resiste más la tentación, y las traga de un solo bocado.

Por unos instantes queda absorto. Elucubra, porque lo presiente, que las cosas deberán cambiar de un momento a otro. Que llegará el día en que las letras, sin que intervenga su voluntad y destreza manual para unir las, se organizarán por sí solas de tal

suerte que sus mensajes sean precisos, indelebles, más claros que el agua, y él tendrá la oportunidad de asumirlos para que, al igual que el viento que sacude las velas de una embarcación, determinen la orientación que definirá su destino.

Gastón Suplice III es un individuo peculiar que, en una primera instancia, odia su nombre. Lo detesta debido a que le fue impuesto por un padre sumiso y obsecuente que quiso perpetuar en él, indefenso bebé, la ascendencia de un abuelo dotado con una apariencia arrolladora. Un hombre que dondequiera que asistía capturaba de inmediato la atención de los presentes, dadas sus facciones esculpidas con el cincel de la altivez, su nariz de patricio romano y unos ojos de color azul cobalto y que, en conjunto, eran capaces de perturbar la seguridad y el aplomo de los más pintados. No se diga de los estragos que provocaba entre las mujeres, quienes, nada más verlo, comenzaban a idolatrarlo.

Alto. Con una estatura que rebasaba el metro noventa centímetros, don Gastón —se le llamaba con deferencia— ostentaba lo abultado de su vientre e imponía su voluntad y los caprichos de su carácter prepotente y atrabiliario sin consideración alguna. No necesitaba de palabras para que las personas entendieran que los visajes de su mirada, acompañados de sutiles movimientos de sus cejas y apenas un imperceptible parpadeo, eran la ley de la selva; una jungla en la que compartía, tan sólo con unos cuantos leones de su camada, los privilegios de una vida pródiga que para el resto de los mortales estaba simplemente vedada.

Si bien don Gastón en su desempeño social era un farol cuya incandescencia deslumbraba a propios y extraños, así como paradigma de la imagen consagrada del *tycoon* perteneciente a la élite de los hombres de negocios de Norteamérica, en su casa —*mansión* la describe mejor— se manifestaba embozado en la oscuridad más deleznable, turbia y desconcertante de la conducta humana. Neurótico hasta las cachas y con propensiones paranoicas, detestaba por igual a los ruidos y a los niños. Con los

primeros su intolerancia llegaba al grado de no permitir la presencia de radios y televisores, y de haber relegado todos los aparatos electrodomésticos a zonas marginadas de su entorno vital —sótanos y cuartos contruidos al fondo del jardín—, así como obligar a la servidumbre al uso de mordazas y forros acolchados encima de los zapatos, a fin de no tener que escuchar murmullos, bisbiseos, pasos, tropezones o la respiración de seres a los que catalogaba con absoluto desprecio.

Mantenía su hogar en el más profundo silencio. Tenía prohibidas las voces estridentes, las carcajadas, los comentarios altisonantes e inclusive las conversaciones que no fueran estrictamente necesarias. Los diálogos con su mujer, doña Matilde, y sus hijos, dos varones y tres hembras, se construían con base en monosílabos someros, en los que la parquedad llegaba a límites que los hacía prácticamente incomprensibles. Todos debían adivinar qué carajos quería decir don Gastón cuando expresaba un «sí», un «no», o se quedaba quieto después de vocalizar un «pues» desprovisto de sentido enfático, que podían traducir como la expectativa de un «quizás» trepado en la cuerda floja, que igual podía caer en la red de su aquiescencia o desbarrancarse en una negativa que, de entrada, cancelaba cualquier propuesta tendiente a hacerles la vida un poco más amable: un viaje, la asistencia a una obra de teatro, una reunión con familiares y amigos o algo tan simple como salir a algún lugar cercano para comer un helado.

Con don Gastón, convencido de que quienes lo rodeaban no eran otra cosa que comparsas a su servicio, no había medias tintas o segundas vueltas, y nunca daba su brazo a torcer porque esa parte de su espíritu estaba más torcida que un sarmiento y era imposible darle más vueltas. Él, desde siempre, había suprimido todas las vías alternativas, todos los senderos que pudiesen bifurcarse en la existencia de quienes lo rodeaban. No permitía más línea que la que él trazaba y ésta estaba cimentada en la intolerancia y el miedo. Había bastado una explosión primigenia para que, en lo tocante al ruido, su prole fuese testigo de la dimensión

de la violencia que el patriarca podía ejercer si se salía de sus casillas: un chirrido que no tendría más volumen que el crepitar de las brasas que habían quedado inertes en la chimenea del salón principal, quizás el leve escurrimiento de una gota de resina, había sido suficiente para que el energúmeno, sin medir las consecuencias, hiciera una pataleta descomunal y destruyera todos los objetos que quedaban a su alcance. Tibores chinos, esculturas de terracota, mesas cubiertas con cristalería y hasta el escudo de armas de su estirpe que colgaba sobre el frontón de la chimenea, salieron volando por doquier y fueron pisoteados hasta quedar convertidos en añicos. Luego, todavía insatisfecho y sin haber desfogado la ira que le carcomía las entrañas, abofeteó a su mujer, golpeó a sus hijos, cebó su inquina en el mozo que se desempeñaba como mayordomo, al que azotó con su propio cinturón hasta hacerle sangrar la espalda, y sólo se detuvo cuando consideró que, de acuerdo con sus cánones, la lección había sido de una contundencia aplastante.

Sí, tuvo razón. Sus familiares, junto con la servidumbre, no sólo quedaron apachurrados frente a la amenaza que significaba la potencia de sus visajes y puños, sino que comprendieron que si querían sobrevivir en su entorno y bajo su férula debían extremar su capacidad silente y no arriesgar el pellejo con un descuido sonoro que los colocase encima de la picota de quien, les había quedado muy claro, podía transformarse en el peor de los verdugos.

Respecto de los niños, la evolución de su fobia fue paulatina. Tuvo que apechugar, no le quedaba otra opción, con la llegada al mundo de cada uno de sus vástagos. Una molestia necesaria si quería prolongar un linaje que, como reza el lema de la Academia de la Lengua o el anuncio de un detergente para lavar trastes, puliría sus acomodos dentro de la oligarquía vernácula y lo dotaría de un esplendor acorde con su prestigio. Todos sus pares ostentaban la presencia de un *junior* en su currículum y él no podía ser menos. Llegaron así a su existencia Gastoncito y, luego y con intervalo de un año, los demás hijos de cuyos nombres nunca

quiso acordarse por considerarlos simples rémoras de los achuchones carnales que, para cumplir con los mandamientos de la Iglesia católica a la que estaba abonado, oficiaba cada día de san Juan con doña Matilde Creel y Zuinaga a fin de cumplir con el óbolo de su varonía.

La experiencia con su primogénito fue un verdadero desastre. No asistió, faltaba más, eso era asunto de comadronas o de maricones, al parto del niño. Esa tarde tuvo una comida con los miembros del Club Rotario y, a manera de postre, fue a encamar-se con una de sus secretarias, una morocha caliente y procaz a la que llamaba Capullito de Alhelí y que lo hacía sentirse igual de macho que el semental heredado de su padre, mismo que mantenía en el rancho propiedad de la familia. Llegó al hospital cuando ya había pasado el trance y ahí sí tuvo que hacer de tripas corazón y enfrentar lo inevitable: un pequeño bulto rosado e inflamado sobre el seno de doña Matilde que se vio obligado a sostener en sus brazos una vez que ésta se lo entregó con una sonrisa placentera, no exenta de orgullo, y su suegra le endilgó aquello de: «¡Es igualito a usted, don Gastón! ¡Mire nada más que monada!».

«¡Monada mis güevos!», pensó, pero no se atrevió a contradecirla. Simuló estar plenamente satisfecho. Dio un beso en la frente a su mujer y —¡oh, craso error!— levantó al bebito para dizque contemplarlo a sus anchas. No debió hacerlo. Los berridos de la criatura le cuartearon la mandíbula. Se le metieron hasta la vesícula biliar y se la estrujaron al punto de que sintió que moriría, ¡qué barbaridad!, sin haber alcanzado a firmar el contrato para un desarrollo inmobiliario que tenía apalabrado con Maximino, su cuatachón que ocupaba la cartera de Comunicaciones y Transportes.

Su reacción fue intempestiva. Al instante endilgó el pequeño bulto a la madre de Matilde y, sin siquiera despedirse, salió por piernas y a todo vapor para ir a refugiarse en su casa, donde, para empezar, se metió entre pecho y espalda media botella de whisky de malta pura. Se sentía, no podía soslayarlo, traicionado en lo

más íntimo de sus sentimientos; casi como si Matilde le hubiera puesto los cuernos. «¡Un pinche bulto que berrea como los marranos que llevamos al matadero!», fue la imagen que le quedó grabada en la cabeza. «¿Cómo voy a vivir con eso? ¡Es intolerable! ¡Algo tengo que hacer de inmediato!»

El contratista que lo surtía de chapas, molduras, paneles de madera, duelas para pisos, plafones y otros materiales para recubrir muros, suelos y chaflanes en las obras que efectuaba al amparo de los contratos que celebraba con el gobierno, así como en los edificios de departamentos y oficinas de su propiedad exclusiva, llegó una hora más tarde acompañado de una cuadrilla de diez operarios que ni tardos ni perezosos se abocaron a recubrir con láminas de corcho una recámara del segundo piso que él señaló con vehemencia: —¡Es importante que no penetre ni el menor sonido! —ordenó con voz pastosa, y ellos, advertidos por su jefe de las mañas del patrón, acataron a pie juntillas sus indicaciones.

La habitación quedó sellada, más que una caja fuerte, al filo de la madrugada. Don Gastón ordenó entonces a sus mozos que la equiparan con los mismos muebles que él usaba, y que trasladaran a los clósets y armarios su ropa y demás objetos personales. Una vez habilitada, se mudó a su interior y se encerró a cal y canto.

Esa noche lo acometieron algunas pesadillas que lo hicieron sudar la gota gorda y por momentos lo mantuvieron despierto. Sin embargo, sus aprensiones desaparecieron cuando, por la mañana, constató que la recámara acondicionada estaba lo suficientemente alejada de la que ocuparían su mujer y la cría como para que no llegaran a sus oídos ni los chillidos ni sus pujidos.

Cuando dos días más tarde doña Matilde y el niño llegaron a casa, don Gastón habló con ella y estableció las reglas que privarían durante los próximos años: a partir de ese momento ocuparían recámaras separadas; no aceptaría la convivencia con Gastoncito o cualquier otro hijo hasta que cumplieran diez años; los infantes deberían mantenerse a distancia y al margen de su

vida cotidiana. Nada de juegos en la sala de estar ni de sentarlos en la mesa de los adultos, así fuesen sus cumpleaños, los viernes —por aquello del ayuno impuesto por la Santa Madre Iglesia que prohibía las carnes rojas y sólo permitía comer pescado— o las fiestas decembrinas. Sí, se les autorizaría a jugar en el jardín, pero sólo en la zona destinada para ellos y en un perímetro cuyos linderos se fijarían a cien metros de las puertas y ventanas de la casa. Las fiestas infantiles quedaban vetadas, así como cualquier juguete de cuerda o que contase con un mecanismo ruidoso... Muchas trabas puso el hombre, tantas que doña Matilde se vio obligada a escribirlas en una libreta para no olvidarlas y caer en falta; incluso la última que se le ocurrió a don Gastón, que amén de ser una afrenta terrible para ella en su calidad de esposa, y sin que él siquiera lo imaginara, tendría consecuencias nefastas para su imagen personal y el aura que, él creía a carta cabal, lo rodeaba como un escudo radiante para resaltar su hombría: —Tú y yo, Matilde, escucha bien —hizo hincapié—, nos reuniremos en mi recámara cada día de san Juan para, como acostumbramos desde que contrajimos matrimonio, pecar como Dios manda, y si estamos de buen humor, hacernos cosquillas. ¡Ah, y más te vale quedar embarazada!

Matilde cerró las frases con un punto y aparte. Levantó la vista y lo miró directamente a los ojos. No dijo nada ni esbozó un reclamo. La mezquindad de su marido le resultó tan oprobiosa que no pudo permitirse más que soltar una lágrima. Una señal ínfima para manifestar el dolor que le había inferido al develarle descaradamente el poco aprecio que le tenía como mujer y como ser humano. Ya tendría forma —pensó algunos segundos más tarde— de cobrarle dicha injuria en donde ella sabía que más daño podía hacerle.

Gastón júnior creció, valga la paradoja, en la casa de un hombre cuya presencia se significó por su ausencia. Apenas pudo ver a su padre seis o siete veces durante los primeros diez años de su

existencia. Jamás recibió un cariño, una palabra de aliento o algún reconocimiento por su disciplina y aprendizaje de las materias que cursaba en la escuela. Don Gastón lo tenía borrado de su lista de intereses. El hijo, quien a la larga debería ser su heredero y ocupar el mayorazgo del patrimonio familiar, mientras fuese niño simplemente no existía. Sí, él sería su padre pero hasta que cumpliera diez años. Mientras tanto, le tenía muy sin cuidado su salud e inclusive que hubiese estado al borde de la muerte por una escarlatina que se complicó y le provocó fiebres cuya temperatura había rebasado los límites del termómetro. Don Gastón ni siquiera fue enterado. ¿Para qué?, dijo Matilde. Si ese fatuo malparido nunca quiso aceptar que fue él quien me preñó con esa colita de lagartija que lleva colgada entre las patas. Siempre, como el pendejo de san José, atribuyó mi embarazo a la obra del Espíritu Santo, aunque quizá debo reconocer que recurrió a una metáfora, porque él llama así a su pirinola, misma que después de mear acaricia y consiente con arrumacos: «Mi dulce palomita querida» o, también, «Mi pichoncito adorado que tantas alegrías me ha dado».

Gastoncito, a pesar de ser un chico sumiso, temeroso de la cólera paterna, acoplejado porque se sentía aborrecido, logró sin embargo llegar a la meta impuesta por don Gastón. Un día, era inevitable a menos que hubiese muerto, cumplió los anhelados diez años. Lo hizo al mismo tiempo que terminó la primaria en el Colegio Cumbres de los Legionarios de Cristo y pudo mostrar el diploma que lo acreditaba. Había pasado la prueba de supervivencia gracias a su madre y con la falta absoluta de una figura paterna que le proporcionase los anclajes de la seguridad y confianza en sí mismo.

El día de su cumpleaños transcurrió con algunos sinsabores, mas sin llegar a ser un desastre. Por primera vez se le permitió sentarse en la mesa del comedor, habitación en la que jamás se le había franqueado la entrada, para compartir la colación con sus progenitores. Una mesa enorme capaz de albergar a una veintena de comensales, en la que don Gastón ocupó la cabecera, doña

Matilde el lugar inmediato a la derecha y al chico se le sentó en un sitio más o menos relegado que estaba detrás de un frutero repleto de manzanas, duraznos, peras, melones, plátanos, mameyes y sandías, así como de otras frutas tropicales, y coronado en la cúspide por una piña tremenda de la que colgaban racimos de uvas, colocadas a propósito para simular la gracia de un pavo real en medio del Paraíso.

Don Gastón había previsto que el júnior —dio por identificarlo así ante la servidumbre—, quedase más o menos oculto para poder observarlo a sus anchas. Todavía no quería verlo de frente. Quería hacerlo de manera sesgada y comprobar si doña Matilde le había enseñado el arte del buen comer y a comportarse en la mesa.

Lo vio, a través de las hojas que adornaban el frutero, colocarse la servilleta que tenía bordadas las iniciales G y M en las piernas y utilizar el cubierto adecuado para degustar cada uno de los platillos que, en orden riguroso, les fueron servidos. El chico comió a la par que sus padres sin cometer error alguno y don Gastón pudo expresar su satisfacción con una onomatopeya semejante al vagido de una vaca.

Hasta ahí todo transcurrió sin sobresaltos. Sin embargo, el chico no supo esperar hasta que el postre le fuera servido y tuvo la ocurrencia de tomar con la mano un plátano y colocarlo en su plato. El respingo de don Gastón fue notorio. Sus mejillas adquirieron un matiz púrpura, al tiempo que chasqueaba la lengua. Se incorporó de su asiento para que su hijo pudiese contemplarlo en toda su magnitud y le soltó: —¡Muchacho pendejo, tan bien que ibas pero ya la cagaste!

Gastoncito sufrió, de inmediato, una temblorina que le impidió contener el movimiento de sus brazos. Los encogió y estiró y, al hacerlo, tropezó con la jarra de agua de Jamaica, misma que salió disparada, no sin antes derramar parte de su contenido. Doña Matilde quiso ayudarlo, pero su marido se lo impidió con un manotazo. La convivencia se interrumpió de inmediato y cada cual abandonó la mesa.

—¡Quiero verte en mi despacho! —ordenó el hombretón a su hijo, antes de que éste pudiera escabullirse.

El despacho de don Gastón era un cubil impresionante cuyo piso estaba cubierto por una alfombra persa en tonos ocres y rojos que, amén de ser hermosa, servía para amortiguar el sonido de los pasos, y estaba amueblado con una mesa escritorio de roble, varios sillones ingleses forrados con piel de bovino en color verde pasto, en cuyos respaldos estaban grabados los diferentes escudos de los colegios de la universidad de Cambridge; todo enmarcado por enormes libreros atestados de volúmenes encuadernados en pergamino, algunas armaduras bruñidas que lanzaban destellos por doquier, y una colección de armas medievales digna de un museo especializado. Quizá lo único que desentonaba en el entorno, pero que obedecía a un capricho malsano de su dueño, era el artesonado cuya decoración consistía, en cada cuadrícula del ajedrezado, en una teta generosa de mujer que tenía esmaltado el pezón con una tinta colorada, de suerte que quien miraba el techo se veía abrumado por una constelación de senos y por el deseo sexual de treparse para poder chuparlos... Esta techumbre que los amigos de don Gastón habían bautizado con el nombre de *La gran mamada* se hizo célebre entre los asiduos de los corrillos de la alta sociedad y la oportunidad de verla, durante algún tiempo, se convirtió en una dádiva del señor Suplice y una exigencia para afincar el estatus y no pasar por ser un palurdo.

A pesar de que la habitación generalmente guardaba una atmósfera penumbrosa, una vez descorridos los espesos cortinajes que los cubrían, la luz exterior penetraba a través de unos hermosísimos vitrales importados de Francia, cuyos emplomados reproducían varias de las escenas de los que adornan la catedral de Chartres, y ésta quedaba iluminada con rayos titilantes de polvo dorado entre los que se mezclaban los colores puros —verde, azul, rojo y amarillo— ponderados por la escuela pictórica de los predecesores de Rafael Sanzio, igual que si fuera una capilla gótica.

Gastón júnior, vestido para la ocasión con un flamante traje azul marino confeccionado en el almacén de ropa Macazaga, camisa blanca con el cuello almidonado y unos zapatos de charol reluciente que doña Matilde había comprado en El Borceguí, penetró en el despacho y —no pudo evitarlo— se sintió como chícharo en el fondo de una cazuela.

Ahí, de pie —nunca se le ofreció una silla—, esperó a que su progenitor se dignase dirigirle la palabra. Éste, apoltronado frente a su escritorio, igual que si fuese un príncipe de la corte de Baratavia, se entretuvo un buen rato con la lectura de unos documentos, algunos de los cuales signó con su puño y letra. Luego se sirvió una porción de Dalwhínní en las rocas, whisky escocés con el que iniciaba la jornada, dio un trago y, por fin, pareció advertir la presencia de ese extraño que, intuía, podía ser su primogénito.

—¡Ah! —dijo—. Aquí estás —recalcó—. ¿Diez años? —musitó y se quedó pensativo.

Gastón júnior, con el rostro pálido, se meció sobre sus piernas antes de expresar un «sí» que casi se queda trabado en la conjunción de sus dientes.

Don Gastón, aunque no lo dejó entrever, quedó perturbado. Jamás había escuchado la voz del chico y el sonido agudo, propio de su edad, le resultó chocante.

—Vamos a ver —expresó para sí mismo. Abrió el cajón del escritorio, hurgó en su interior y extrajo un caramelo largo y cilíndrico envuelto en un papel metálico, brillante, pintado en forma de serpentina como si fuese un farol de peluquería.

—¡Toma! —dijo—. Es tu regalo de cumpleaños. Tu cuelga, como decía mi abuelita.

El chico lo tomó, impávido. No supo en ese momento si darle las gracias o, como aprendió más tarde, ya para terminar los cursos de secundaria, mandarlo a chingar a su madre.

—¡Ya nos volveremos a ver dentro de ocho años, Gastoncito! —sentenció el padre—. Para esas fechas, y de nueva cuenta, platicaremos de nuestros asuntos. Tengo decidido enviarte, te guste

o no, a una academia militar en los Estados Unidos para que ahí te disciplinen y te hagan hombrecito.

Gastón júnior se retiró con la cola entre las patas y fue a refugiarse en el seno de su madre que, para esas alturas, era su único consuelo. Don Gastón, por su parte, se sintió más que complacido con la «entrevista» sostenida con su hijo. Pensó que no estaba mal su trato directo. Que su franqueza y honestidad estaban a salvo de cualquier crítica que quisieran hacerle. Él no era, ni siquiera lo había vislumbrado, como varios de sus amigos —bueno, de sus conocidos, porque eso de la amistad se cocinaba aparte—, que compartían con sus hijos la práctica de algún deporte, que se desvivían y presumían sus logros, que celebraban sus travesuras, sus chamacadas; que, una vez cumplidos los quince años, se los llevaban de putas a los burdeles que frecuentaban para que dizque aprendieran acerca de los vericuetos del sexo, sus trampas, las enfermedades de que podían contagiarse si no se cuidaban... No, él no era aficionado a las pinches pelotas que rodaban sobre el césped; tampoco a nadar como desaforado de crol o de mariposa, y mucho menos a actuar como celestina de sus vástagos. Él era un tipo duro, de esos que no bailan, con los pantalones bien plantados para meter en cintura a quien se le pusiera enfrente, bueno para los madrazos y, si era necesario, disparar la pistola que a veces llevaba al cinto. «La verdad es que no sé», pensó, «por qué diablos acepté los consejos de Agustín Hinojosa y de Carlitos Trouyet, par de golfos redomados, y construí un frontón en el jardín de la casa. Tampoco, por qué le pedí al Gordo Pani que instalara un boliche, que quedó arrumbado por ahí, en un lugar que ya ni me acuerdo dónde está. A mí lo que me gusta es montar a caballo. Correr a galope tendido sobre un cuaco entero que no le saque a las zanjas. ¡Ah qué la chingada, si para eso soy bien macho!»

Doña Matilde recibió a su hijo con los brazos abiertos. Ella sí que sabía ser espléndida, no sólo con sus obsequios sino en la entrega apasionada de su hermoso cuerpo. Regaló a Gastoncito un

rifle de municiones marca Mendoza, una manopla de cácher, unos zapatos para jugar futbol y una pluma fuente Esterbrook que reproducía en su superficie las grecas y los colores de las guardas de los libros impresos en los años treinta del siglo pasado, con la recomendación de que la usara para hacer sus tareas.

Matilde Creel y Zuinaga, descendiente de don Luis Terrazas gracias a la combinación venturosa de varios matrimonios incestuosos —mismo que durante la época histórica conocida con el nombre de Porfiriato fue dueño y señor del estado de Chihuahua debido a la extensión de su latifundio, cuyo territorio era mayor que el de muchos países europeos, y ocupó la gubernatura durante cuatro o cinco periodos—, había heredado una cuantiosa fortuna, sobre todo en bienes raíces que le reportaban una renta considerable que se traducía, mes a mes, en varios miles de pesos. Si bien ella había aportado como dote en su matrimonio el capital principal, peculio que fue a parar en las arcas personales de su marido, las rentas de varias fincas ubicadas en la colonia residencial de Santa María la Ribera y sobre el Paseo de la Reforma le permitían mantener cierta independencia económica y moverse en el entramado social como pez en el agua.

Matilde, es cierto, se había acostumbrado a escuchar los desplantes, no exentos de soberbia y mal gusto, de don Gastón, quien cada vez que tenía oportunidad comentaba que su mujer era una especie de caja chica a la que recurría cuando estaba de vena y exigía que cubriera y pagara las cuentas de los gastos que él consideraba superfluos y le daba flojera satisfacer —«¡Pues nunca cargo morralla!», apuntaba—, como podían ser la compra de un automóvil Packard del año, los boletos de avión México-París, el costo de un crucero por el Mediterráneo, el vestuario para asistir al baile de Blanco y Negro en el University Club; en fin, para todas esas sandeces respecto de las cuales él no estaba dispuesto a distraer su dinero. «¡Matilde es mi monedero!», aseguraba con desparpajo siempre con una sonrisa en la boca, y, así lo creía,

dejaba boquiabiertos a todos aquellos diletantes que pretendían escucharlo, mientras buscaban sus respectivos nombres en la columna *Los trescientos y algunos más* que contenía la reseña del Duque de Otranto de la fiesta más reciente, publicada por el *Excelsior*, y, si así sucedía, no sólo quedaban alelados sino convencidos de que pertenecían a la crema y nata de la sociedad mexicana.

Matilde lo dejaba hacer y evitaba contradecirlo en sus despropósitos y en las múltiples pendejadas que decía. Ella tenía asuntos más serios en los cuales invertir su tiempo. A partir de la fecha en que nació Gastón júnior, y con base en las reglas impuestas por su marido, sobre todo en lo concerniente a sus prácticas sexuales, limitadas al día de san Juan, ella diseñó una estrategia para, durante los siguientes diez años, evitarse vivir como monja y dar rienda suelta a sus apetitos carnales en la forma en que le fuera más gratificante.

La oligarquía mexicana de su época era mojigata, conservadora recalcitrante y en extremo católica. Sin embargo, también era dada a la hipocresía y a fin de manejarse dentro de una doble moral, bajo el precepto de «que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha», contaba con argucias y clandestinajes que se mantenían en las sombras, aunque medio mundo los conociera. Se sabía, porque hacían alarde de ello, de las barraganas del cacique Gonzalo N. Santos y de los hijos de riego y de temporal que mantenía desbalagados por doquier, sobre todo entre las selvas y serranías de la Huasteca potosina; de las casas chicas de Maximino Ávila Camacho y de muchos otros de sus compinches que imitaban su conducta, así como de las orgías que se celebraban en el burdel de La Bandida y en otros lupanares de postín como el Casino de la Selva que pertenecía a un expresidente del país, localizado en la ciudad de Cuernavaca y a tiro de piedra de la capital, donde tanto los banqueros como los júnior, los políticos encumbrados y los líderes sindicales se refocilaban con *mujeres de la vida alegre*, esto es, con suripantas, ramera, putas, para no andar con eufemismos, en recámaras diseñadas y amuebladas

para su exclusivo placer. Camastros con baldaquines a los que rodeaban espejos de pared a pared —y hasta en el mismo techo— que reproducían al infinito escenas, muchas veces grotescas, de los hábitos, rutinas y depravaciones de los garañones más señalados por las audacias que cometían durante la calistenia en la que ponían a prueba la destreza de su miembro y demás órganos sexuales.

Un mundillo misógino y machista que contrastaba con el de las *mujeres de la vida triste*, esto es, las esposas, quienes quedaban relegadas a las tareas del hogar, la educación de los hijos y, si tenían recursos propios o un esposo distraído al que no le interesaba vigilar la cartera ni los bolsillos de sus pantalones, la compra de ochenta mil trapos y tarugadas con los que envolvían sus respectivos cuerpos para estar a la moda, se colgaban encima como si fuesen árboles de Navidad o se embarraban en la piel hasta quedar convertidas en volovanes rellenos de crema chantillí o caricaturas de las conchas con nata que comían con avidez en el Café de Tacuba. Vestidos, cremas, perfumes y joyas adquiridos en los rutilantes almacenes Fábricas de Francia, el Palacio de Hierro o Liverpool, así como en las joyerías El Zafiro o La Perla, esta última propiedad de don Carlitos Diener, en la calle de Madero, que eran importados de Europa o de los Estados Unidos, constituían el universo de sus intereses más apreciados. Sin embargo, Matilde Creel se cocinaba aparte.

Ella había recibido una educación esmerada en el Colegio Francés, destinado a las llamadas *yeguas finas*, señoritas de la más alta estima social; viajado por medio mundo en compañía de sus padres y hermanas; y, a su paso por París, la capital del escándalo y el libertinaje antes de que se desatara la Segunda Guerra Mundial, adquirido algunos libros prohibidos que, como en los casos del *Kamasutra* ilustrado, *Justine* de Donaciano, marqués de Sade, y *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, le abrieron los ojos, desde entonces y para siempre, frente a ciertas deliciosas «aberraciones eróticas» y las emociones estrujantes de cometer

adulterio. Era, por tanto, una mujer leída que sobresalía entre sus pares y punto de convergencia de aquellas de sus amigas más libidinosas y convencidas de que eran dueñas de sus cuerpos y podían hacer con ellos lo que les viniese en gana.

—Gastón sólo quiere fornicar conmigo una vez al año —confesó en un grupo selecto de sus amistades, durante una fiesta en casa de los Martínez Carral, sin que el rubor encendiera su rostro y sin pelos en la lengua—. Además, el muy cretino exige que yo me embarace con cada polvo de su miserable reata, como si yo controlara mi ovulación a su capricho...

Sus amigas guardaron lo que consideraban un prudente silencio. Esperaron hasta que Maruca de la Cortina, la más elegante y despabilada del grupo, soltara: —¿Pues qué se cree ese pendejo? ¿Que es tu dueño? ¿Quiere hijos, uno por cada año que pase? ¡Pues dáselos, Matildita, que para eso están los amigos!

No tardaron, como si fuesen cucarachas en desbandada, en soltarse los murmullos, los chismes y la concupiscencia. Cada cual dio su opinión, acatando sus propios prejuicios, pero todas coincidieron en que la mejor forma de mantener contento a Gastón Suplice era que su mujer le pusiera los cuernos, entre otras cosas para asegurarle descendencia. —¡Y hay una runfla de galanes más que dispuestos a llevarte a la cama, Mati! —confirmó Maruca—. ¡No te los vas a acabar, mi reina!

A buen entendedor pocas palabras. No tardó Matilde en seleccionar un perro con pedigrí que tenía fama de garañón, experto en seducir a las señoras casadas y embarazarlas a tiro por viaje, lo que le daba ciertas garantías de poder salirse con la suya.

Juan *el Modelo*, llamado así como extensión del nombre de la fábrica cervecera de la que era principal accionista, dejó que Matilde le coqueteara un poquito más de lo debido en sociedad, señal inequívoca de que la mujer quería pelea, que era un huevo que necesitaba una pizca de sal, no sólo para estar contenta, satisfecha, sino para cuartearle el escroto al mamón de su marido que, por cierto, era uno de sus conocidos con los que más se llevaba.

No fue un acostón instantáneo que imitara a los que ya podían verse en algunas películas anunciadas en las carteleras de los cinematógrafos, mismos que encendían el deseo de los espectadores, varones por supuesto, hasta el delirio. Debieron esperar a que las ganas maduraran en sus «partes nobles» y el encuentro se volviese inevitable. También, para ponerse de acuerdo.

Matilde escogió los miércoles por la tarde debido a que las actividades de Gastón en el Club de Leones de la ciudad acaparaban su tiempo —eso afirmaba con la lujuria pintada en el rostro— y solía regresar a casa al filo de la medianoche, un tanto achispado o de plano borracho, y sería incapaz de darse cuenta de las ausencias vespertinas de su media naranja.

El Modelo, aunque tuvo que hacer algunos acomodados porque su agenda estaba saturada por las citas que concertaba con innumerables damas de todo calibre —pero en especial señoras que estuvieran casadas con sus amigos o conocidos—, estuvo de acuerdo y le concedió las horas comprendidas entre las cinco de la tarde y las nueve de la noche de aquellos miércoles —así lo dijo— en los que ella se sintiera caliente y con la disposición de darse un agarrón de peluche.

—Me gustaría que fueran todos, incluyendo el de Semana Santa, el Miércoles de Ceniza y los de la temporada de lluvias, porque yo siempre estoy prendida y una vez cada ocho días apenas me servirá de aperitivo, Juan —aventuró Matilde con un dejo anhelante que satisfizo al galán.

—Ya veremos, mi reina —respondió con sorna el amante en ciernes—. Una vez que conozcas aquello de lo que soy capaz de hacer contigo en la cama, tú me dirás si probaste un tentempié o un verdadero banquete —remató con el aplomo que le daba su experiencia.

Matilde soltó una risita nerviosa no exenta de coquetería. Luego estiró su brazo por debajo de la mesa del café de chinos, en el callejón de Dolores, donde se habían encontrado para evitar que alguien los reconociera, y colocó su mano sobre la bragueta

de su compañero. Fue suficiente para que el miembro del Modelo reaccionara y se le pusiera duro. Ambos titubearon ante el atrevimiento de Matilde, quien no quería soltar prenda.

Se miraron a los ojos y se besaron con rabia. Apenas era lunes y Juan ya tenía apalabrado otro compromiso. Debía zafarse a como diera lugar. Hizo un gran esfuerzo para no venirse en seco y, con el tono propio de un hampón, recurrió a una paráfrasis de Filiberto García, el célebre personaje de la novela *El complot mongol*, de Rafael Bernal: —¡Pinches chinos! —que le sirvió para que Matilde, sin entender qué pasaba, retirara su manita y mirase alarmada para todos lados.

La magia de ese primer escarceo se evaporó de inmediato. Juan, todo un caballero, atinó a decirle: —¡Sólo falta un par de días para nuestro encuentro, Mati! Creo que por ahora debemos aguantarnos las ganas para que el miércoles celebremos la locura de nuestro mutuo apetito. ¿Te parece?

Aunque a regañadientes, ella debió mostrarse conforme. Por muy caliente que estuviera —le sopló un pajarito—, no podía comportarse como una gata en celo. De alguna manera tenía que guardar las apariencias y esperar el momento adecuado.

Intercambiaron sus respectivos números de teléfono Ericsson y Juan le dio una dirección y explicó cómo llegar sin contratiempos a su nidito de amor.

Como muchos de sus camaradas de parrandas y juergas, el Modelo tenía una leonera en el Paseo de Bucareli. En el sitio que alguna vez albergó la suntuosa mansión virreinal del conde de Regla, misma que después devino en una casa de vecindad con todo y su quinto patio, cuyas rentas estaban congeladas por un decreto presidencial populista del general Lázaro Cárdenas, varios golfos abusados, asesorados por abogados inescrupulosos que se colgaban escapularios sobre el pecho, lograron mediante truculencias leguleyas desalojar a los inquilinos y apropiarse de sus departamentos.

Estos buitres, Juan entre ellos, decidieron conservar las fachadas intactas, con muestras de un deterioro vergonzoso, y sólo las cubrieron de yedras y macetas de geranios para darles un aspecto bohemio, un tanto cuanto decadente, y reproducir el ambiente de uno de esos pueblecitos galeses, con influencia Tudor, donde hasta el día de hoy se refugian artistas e intelectuales.

Varios arquitectos de moda, entre ellos algunos discípulos del despacho de Rivas Mercado, Enrique del Moral, Carlos Lazo y el simpático *Caco* Parra, aportaron algunas ideas para la «remodelación» del inmueble, con el resultado de que éste no tardó en cobrar fama de ser uno de los lugares más pintorescos de la ciudad. Por si fuera poco, sobre la avenida Bucareli —rango adquirido por esas fechas— se tendieron las vías metálicas de un tranvía llamado deseo, cuya máquina y pequeños vagones eran idénticos a los que circulaban en Lisboa y Barcelona. Faltaba sólo el maestro Antoni Gaudí a punto de cruzar la calle, desde una isla provista con su respectiva claraboya, para completar el cuadro.

La decoración interior de cada departamento quedó a cargo del pillete que se lo había agandallado. Juan no le dedicó ni mucho tiempo ni mucha imaginación: contrató a la diseñadora —profesión que comenzaba a emerger entre las chicas de buenas familias para que no estuvieran ociosas— Pituca de Foronda y la dejó hacer como le viniese en gana. Pituca, con la libertad otorgada, trajo a colación el diseño de un departamento que estaba en un edificio de la plaza Popocatépetl, en la colonia Hipódromo Condesa, a unas cuadras del edificio Basurto —audacia del *art déco* mexicano— donde habitaba Cayetano Cantú —*Cayito* para los cuates—, cuya sala tenía un acusado doble nivel de forma hexagonal. Forró los muros a su alderredor como si fuesen mullidos sillones, todo con satén colorado, y en el centro y sobre una alfombra de color negro azabache colocó una tina blanca de pelitre que tenía garras de león en lugar de patas. Asimismo, hizo enmarcar espejos en lugares estratégicos, aunque tuvo que quitar la luna del techo de la recámara principal porque el Modelo le

reclamó que él tenía las nalgas enjutas, casi como una cañaspirina, y no le gustaba que sus viejas se las vieran cuando se les montaba encima.

Pituca de Foronda tenía un gusto exquisito y poco recato. Decoró el resto de las habitaciones con muebles antiguos que compró en el barrio de la Lagunilla del Distrito Federal, y en el Callejón del Sapo localizado en la ciudad de Puebla, a unas cuadas del templo de San Francisco, en cuyo atrio se comían las mejores chalupas de carne deshebrada —a las que era adicta—, y los combinó con lámparas de pie y de buró estilo Tiffany, y con algunos trapecios y argollas para hacer gimnasia erótica y para que Juan pudiese lucir su musculatura. Agregó, no podía faltar en un tabernáculo destinado al placer, esculturas fálicas esculpidas en ónix, bronce y mármol de muy diversos tamaños; así como un artefacto excitante y a la vez extraño, importado de la zona de las famosas vitrinas de Ámsterdam, Holanda, consistente en una bicicleta con un agujero en el asiento por donde, con cada pedalazo, salía expulsada una verga descomunal de goma dura y brillante que se introducía en la vagina de la señora que la estuviese montando. *La bicicleta del amor*, como la denominó el Modelo, tuvo un éxito sin precedentes entre las mujeres invitadas por él, al grado de que una de ellas, la *virtuosa* Castañeda, se aficionó al deleite que le proporcionaba y tuvo que confesar que prefería subirse a la bici que acostarse, por mucho que le gustara, con su anfitrión.

Matilde se presentó a las cinco en punto en la leonera del Modelo. Iba destemplada y con muchos melindres en el corazón debido a su desconocimiento del lado oscuro de la luna. Juan la recibió con los brazos abiertos y una sonrisa franca y cordial. La hizo pasar a la sala hexagonal y, sin agua va, le ofreció un martini Bombay seco en las rocas provisto con una aceituna enorme. La dejó beber para que entrara en calor. Luego, para romper el hielo, le dijo que estaba preciosa.

Matilde, hecha un mar de nervios, alabó su buen gusto, y enseguida clavó la mirada en la bañera. Un signo de interrogación se dibujó en su rostro.

Juan, quien ya estaba acostumbrado a esa primera reacción por parte de sus amigas, rio de buena gana y explicó: —Es para que nos bañemos después de entretenernos en la recámara, Mati. Tengo unas sales aromáticas deliciosas que compré en una *boutique* francesa que, si decides meterte al agua, van a encantarte.

Matilde se ruborizó, pero no abrió la boca para no comprometerse frente a una propuesta que ella consideraba palabras mayores. Su conducta en términos sexuales durante el tiempo que llevaba casada se había constreñido a la posición del misionero, ella abajo y Gastón arriba, que duraba unos cuantos minutos, tantos como los que él necesitara para correrse. Eso era todo, y ella nunca había llegado, por más que se esmerara, a alcanzar el clímax del orgasmo que algunas mujeres cacareaban y al que daban el rango de una panacea. Ella esperaba que Juan la guiara al jardín de las delicias y confiaba, tal y como sucedió, en que con su experiencia la condujera al éxtasis, así tuviera que recurrir a métodos que por aquel entonces se juzgaban depravados.

Juan la desnudó con calma. Como si fuese una crisálida, la despojó con lentitud de cada una de sus prendas. No quería apresurarla y menos que se asustase. Llevó las manos de Matilde hasta su pene erecto. Ella sintió un calosfrío, pero se sujetó con firmeza. La lencería neoyorquina que llevaba puesta —confeccionada en seda y con encajes en los ribetes, de una suavidad sensual propia de una golosina—, además de ser refinada, era de una voluptuosidad acojonante. Juan comenzó a morderla y a separar con la lengua el brasier y las bragas de la carne blanca, mórbida, hasta dejarla desnuda.

Los jadeos de Matilde eran todavía discretos. Una ola de calor atravesó su cuerpo de arriba abajo y se enroscó en las curvas de sus caderas hasta que sintió que su cintura vibraba y que sus

pezones, generosos y encarnados, se ponían duros y adquirirían la redondez de una uva.

No tuvo empacho en reconocer la desnudez de su amante. «¿A qué horas se desvistió?», cruzó un electrón por su cerebro. Tampoco se resistió cuando Juan condujo su cabeza a la altura de su miembro y le pidió que se lo mamara. Jamás lo había hecho. La felación no cabía en el manual de su marido, vaya, ni siquiera estaba en su diccionario. Sin embargo, abrió la boca y se tragó el manjar hasta la empuñadura.

—Ya irás aprendiendo, mi reina —susurró Juan desde las alturas celestiales donde oficiaba como el Ángel de la Anunciación mientras aleteaba con los brazos.

El Modelo, todo un experto, contuvo su eyaculación. Esperó a que Matilde estuviera mojada para tenderla sobre un almohadón y meter la cabeza entre sus piernas. Lamió los labios de la vulva hasta que sintió la erección del clítoris, lo tomó con la punta de los dientes e inició una fricción que la llevó al paroxismo.

Por primera vez en su vida Matilde conoció la fogosidad de la candela y sus gritos invadieron el espacio abierto, así como todos y cada uno de los rincones del departamento. Aulló, sin ningún tapujo, hasta que las lágrimas de la felicidad brotaron a raudales por sus ojos. Juan la montó y penetró de inmediato. Él sabía que era la mejor forma para provocar el vicio que las mujeres desarrollaban en aras de la sensualidad de su propia carne y de la suya. Luego le dio la vuelta y la colocó encima de su enorme falo. Poco a poco le fue enseñando la forma de rotar el culo, de menear las nalgas, de ofrecerle las tetas para poder regodearse con su perfil generoso, con sus colores rubicundos y el sabor del calostro que surgía de su interior, pues Matilde había parido hacia poco y aún amamantaba a su niño.

Dos horas pasaron entrelazados, probando e inventando posturas que para Matilde eran inéditas. Juan no quiso sodomizarla porque prefería esperar hasta que sus parejas se lo pidieran, casi le suplicaran que se las metiera por el ano. Sí, se bañaron y

fornicaron dentro de la bañera, sobre los cojines que encontraron a su paso, de pie, acostados, jugando con los dígitos del uno al sesenta y nueve. Matilde se derramó muchas veces, tantas que perdió la cuenta; pero era una mujer joven, fogosa, y aguantaba vara.

Después platicaron. Se contaron cosas que, cuando menos en el caso de ella, nunca pensó que podría llegar a expresar. Enteró a Juan de las exigencias de su esposo y le dejó entrever que nada le gustaría más que tener un hijo suyo. El Modelo tomó nota y pensó que, así como había hecho con otras de sus compañeras, no le costaría trabajo alguno dejarla preñada. Sólo que tenían que vigilar los tiempos. La oportunidad de hacer coincidir sus espermatozoides con los óvulos era perentoria. A partir de esa fecha, Matilde comenzó a llevar la cuenta de sus periodos menstruales, la famosa regla que le indicaría los momentos adecuados. —Ojalá me baje antes del segundo miércoles de cada mes. ¡Uno que quede después del día de san Juan! —exclamó, y Juan se tiró de risa.

El Modelo —era inevitable— alborotó el punto G de doña Matilde. Sus encuentros se volvieron memorables y la mujer cada vez más y más emputecida. Sus demandas eróticas rebasaron con mucho las posibilidades físicas de su amante, y Juan se vio precisado a convertirla en feligresa del uso de la bicicleta, a la que tuvieron que adaptarle un piloncillo del tamaño de un chorizo de Pamplona a fin de que la señora se batiera en sus mieles y quedara satisfecha.

Cuatro meses más tarde, Matilde quedó embarazada como lo habían convenido. Juan comenzó a espaciarle las citas y ella —lo que nunca quiso hacer mientras esperaba a Gastoncito, porque lo consideraba una abyección impropia de una mujer moderna— se dedicó a tejer chambritas y, durante las noches de luna llena, a autosatisfacerse con el molinillo que la cocinera usaba para agitar el chocolate que por las tardes servía a su patrón en el despacho-biblioteca.

El último agarrón que se dio con Juan coincidió con el Miércoles de Ceniza de un año que transcurría entre las convulsiones

de la elección presidencial y las componendas para que los miembros privilegiados de la clase económicamente poderosa fraguaran pingües negocios. Comenzó a urbanizarse, con capitales de los Ávila Camacho y un gringo apellidado Jenkins, la colonia que llevaría el nombre de Lomas de Chapultepec, y don Gastón Suplice se preparó para edificar una mansión en la zona cuyas calles llevarían los nombres de los virreyes que habían gobernado y también saqueado a la Nueva España.

Matilde alegó que sus hormonas la tenían desconcertada, casi al borde de la locura prematernal, y que ello la obligaba a dejarlo antes de cometer una locura. Juan, más zorro que el cura Hidalgo, fingió demencia senil y se mostró totalmente de acuerdo. Dio su beneplácito y sólo le pidió que lo invitara al bautizo de la criatura y, ya más adelante, tomarse una foto con ella: —¡Pues no te lo había dicho, pero conservo una galería con fotografías de todos mis rorros! —dijo, y en seguida la trasladó a una habitación que permanecía cerrada con llave y la dejó sorprendida. —¿Catorce? ¿Y todos son tuyos, Juan?

—Bueno, Mati, son aquellos de los que tengo constancia y por eso llevan sus nombres y la fecha de su nacimiento. Es posible que algunos se me hayan pelado porque sus *amás* se *juyeron* a los pueblos desde donde habían llegado y nunca supe lo que pasó con ellas.

Meses más tarde arribó al mundo Goyito. Juan fue invitado al bautizo por Matilde. A pregunta expresa y con un pretexto baladí, Juan solicitó la foto y don Gastón Suplice, sin meterse a averiguar por qué demonios la quería, otorgó su aquiescencia para que ésta fuese tomada, el día y a la hora que le fuera conveniente, en la recámara de su esposa donde estaba colocada la cuna de la criatura. La complicidad amorosa de Juan y Matilde devino, sin que se rompieran platos o se manifestara un reproche, en una amistad que se prolongaría a lo largo de los años.

Seis meses transcurrieron rápido y ya se avecinaba otro día de san Juan. Matilde, alertada por su proximidad, comenzó a tejer su

telaraña. Con motivo de la celebración de un *baby shower*, organizado por Maruca de la Cortina para que las amigas de la señora Suplice la proveyeran de pañales, biberones, mamelucos, cucharitas, chupones y otras chácharas destinadas al bienestar de Goyito y el suyo propio, Matilde tuvo la oportunidad de reunirse con muchas de sus amigas y comentar a quienes le eran más cercanas y en un aparte que, por mutuo consentimiento, había dejado de ser la amante del Modelo y, por lo tanto, necesitaba un suplente:

—Alguien con el que pueda darme unos revolcones sabrosos, que sea discreto y esté dispuesto, sin mayores complicaciones y sin exigir el reconocimiento de su paternidad, a embarazarme —dijo de corrido para, enseguida, darles una explicación puntual de las exigencias de don Gastón relativas a una descendencia que pretendía tener con la práctica de un método platónico; esto es, sin tocamientos ni otra penetración que no fuese la que él tuviera señalada en su calendario.

—¿Sin que te faje siquiera? —inquirió la *Baby* Dávila con una sonrisa irónica y el uso de un término utilizado por las clases inferiores con una connotación erótica—. ¿Por inspiración de los ángeles de la guarda; así y con un polvo de estrellas? ¡No, pues está cabrón tu maridito! ¡Ha de tener kryptonita en los güevos!

Las amigas barajaron nombres. *La Güera* Reygadas mencionó a Pepito Lamadrid, pero las demás lo descartaron por desaliñado y porque sólo se lavaba en los baños de vapor del Peñón una vez a la semana y le apestaban las patas. Raquel Camil, una libanesa frondosa célebre por el volumen de sus tetas y por haberse jugado a las cartas la fortuna de su marido Melquiades Ashad, sugirió a don Acacio Romero de Terreros, que alguna relación tenía con los dueños de las haciendas de San Miguel Regla y San Juan Hueyapan, en la zona de la mina de Real del Monte pegada a la ciudad de Pachuca, lo que además de darle prestigio garantizaba que era todo un caballero...

—¡Pero es afeminado, mariquita, Raquel! —interrumpió Lupe Olózaga, a la vez que se pellizcaba los brazos en los lugares

donde se le habían formado unas costras—. Dicen que le hace agua la canoa y le gusta comer pinole con popote, al igual que a su papá, que se disfrazaba de odalisca en las francachelas de Nachito de la Torre, aquel yerno de don Porfirio al que agarraron en la orgía de los maricones del grupo de los Cuarenta y Uno. No, no es eso lo que quiere Matilde. Ella quiere un hombre. Un sentimental de primera, y como ya se tiró al más famoso, pues está canijo encontrar un reemplazo.

—¿Y cómo ven a Giuseppe Petriccioli? —preguntó Maruca, al recordar que el italiano en una visita a las pirámides de Teotihuacan le había metido mano en las nalgas y, en un pasadizo, se le había insinuado—. ¡Estoy segura de que debe ser una maravilla en la cama...!

—¡Sí, tienes razón, es un amante magnífico! —confirmó la Baby Dávila—. ¡Sólo que es muy putaño, le fascinan las ramearas del callejón del Órgano, del pasaje del 2 de Abril y del mercado de La Merced, y, como no se cuida, a cada rato se infecta de una y mil chingaderas... Les cuento un chisme, pero que esto no salga de entre nosotras; a mí me pegó una gonorrea que me trajo por la calle de la amargura. Por eso lo dejé y también porque en el consultorio del doctor Alcaide me topé con Augusta Lascuráin, a la que el desgraciado había pasado un tropel de ladillas que la obligaban a rascarse el culo. ¿Se imaginan el bochorno de la pobrecita?

Otros nombres surgieron, pero las señoras no se ponían de acuerdo ni se decidían por uno. Matilde guardaba silencio y, sin atreverse a identificarlo, cavilaba sobre la fisonomía y posible destreza amoratoria de un individuo al que, en un sarao de las Limantour, le había echado el ojo. Vino a sacarlas del berenjenal en el que estaban metidas Jovita, la mujer de Ramiro de Antuñano O'Reilly, quien se les reunió con una curiosidad patente a fin de indagar qué era lo que estaban cocinando.

Nada más verla, todas sin excepción, esbozaron una sonrisa de complacencia y supieron que el embrollo, para fortuna de Matilde, quien no pudo evitar una exhalación de alivio, estaba por

destrabarse. Sabían, porque era vox pópuli, que Jovita y su marido Ramiro, quienes se habían conocido en Londres mientras aprendían inglés, visitaban museos y se ajuaraban de lo lindo, decidieron casarse sin consultar a sus respectivas familias y adoptar, muy a la inglesa, una convivencia libre. «Viviremos juntos», dijeron, «y tendremos hijos, pero seremos absolutamente libres en lo relativo a nuestras aficiones e intereses personales. Tú a lo tuyo, Jovita, y yo a lo mío. Los celos estarán desterrados y podremos involucrarnos en tantas aventuras como nos complazca.» Una convención que habían manejado con soltura e inteligencia, de suerte que su grupo social, al principio renuente, la había aceptado y acostumbrado a no cuestionarla, en la medida en que ambos cónyuges se comportaran con la discreción debida.

Ramiro le vino a Matilde, en todos sentidos pues era interesante, simpático y estaba muy bien dotado, como anillo al dedo. Con él no hubo necesidad de reunirse en leoneras o en hoteles de paso clandestinos. La recibía en su casa, eso sí, nada más los miércoles, donde algunas veces antes de pasar a solazarse en la recámara tomaban el té en compañía de Jovita y chismorreaban sobre las noticias locales y las intrigas que formaban parte del cotilleo de su grupo. Matilde disfrutaba así de encuentros sexuales más que satisfactorios y lo único que le causaba cierta desazón era que, por su ascendencia irlandesa por el lado materno, Ramiro ostentaba una mata de cabellos rojizos en la zona púbica y su piel estaba cubierta de pecas desde la coronilla hasta los lugares más insospechados.

—Ramiro no expulsa semen por el pito; arroja un torrente de pequeños lunares que inundan mi vagina y me hacen cosquillas —solía comentar con sus amigochas del alma—. Me da miedo imaginar, si llego a preñarme, cómo saldrá la criatura, porque si hereda sus rasgos y sus colores, no sabré cómo justificarlos cuando Gastón ponga el grito en el cielo.

Ramiro cumplió a cabalidad con las encomiendas solicitadas por doña Matilde. La mantuvo feliz y satisfecha con su potencia

viril y su forma galante de tratarla, y la dejó embarazada en una fecha por demás oportuna. Una niña que, a la larga, llevaría el mote de Zanahoria pasó, aunque no la conocería hasta diez años más tarde, a formar parte de la familia de don Gastón Suplice.

Otros dos amantes, cada cual en su momento, se unieron con frenesí y alentaron los desfiguros carnales de doña Matilde. Un alemán llamado Kurt Alzheimer, asentado en la isla de Cozumel, al que conoció durante la feria de productos químico-farmacéuticos de Mérida, Yucatán, quien le propuso que probaran juntos la eficacia de los condones de látex marca Prepuciáin que su empresa acababa de lanzar al mercado, durante las escapadas que ella pudiera darse, lo constató con cronómetro, mientras don Gastón atendía juntas, comilonas y se iba de parranda con sus conocidos de la Casta Divina —don Papo Cámara, Huicho Vales, Alberto Peón, Miguel Barbachano, Fernando García Ponce, Rico Medina y un arribista al que apodaban *el Chahuistle*— a un poblado alejado conocido como El Sur, donde éstos mantenían segregadas a sus barraganas en unas casas chicas que, para conservar el orden y tenerlas bajo control, les habían regalado.

Kurt y Matilde probaron la eficacia de los preservativos en varias posadas del centro de la ciudad, en algunas mansiones del Paseo Montejo, sobre todo en las habitaciones del palacete de don Cabalán Macari, y, ya entrados en gastos y de camino a Progreso, en las hamacas colgadas en las ceibas que rodeaban el cenote de Dzibilchaltún.

Hasta ahí, los amantes habían disfrutado con un amor desordenado al compás de panuchos, tacos de cochinita pibil y papadzules, y los condones demostrado su aguante. Sin embargo, Matilde quería embarazarse sin que el alemán se enterara, e iba a estar en chino lograrlo mientras un capuchón de goma impidiese el viaje falópido de las lombricitas cabezonas para fecundar sus ovarios.

Ideó, entonces, una artimaña, una truculencia inspirada por las declaraciones apócrifas de Alma Reed, publicadas en un panfleto de tinte escandaloso por los periodiqueros de la familia

Meneses, dueños de varios diarios, que le regalaron en el recinto ferial, en el que la célebre reportera norteamericana supuestamente confesaba que su amante, Felipe Carrillo Puerto, a la sazón gobernador del estado de Yucatán y felizmente casado, en los arrebatos carnales que sostenían acostumbraba colocar en el glande de su miembro unas caperuzas rojas hechas con tela de henequén a manera de preservativo y dificultar así que ella quedase embarazada, lo que no era conveniente por razones de Estado.

Sin embargo, y de acuerdo con el texto del pasquín, Alma se había propuesto a toda costa tener un hijo con el hombre que amaba, por el que tanta admiración sentía —un personaje excepcional que durante su gobierno había implantado un régimen comunista en la península y realizado muchos cambios para beneficiar a los indígenas mayas, entre otros traducir la Constitución a su lengua a fin de que estuvieran enterados de sus derechos y pudieran defenderse de los latrocinios que con ellos perpetraban los hacendados, siempre apoyados por los ladinos de la federación, avances políticos que ella aplaudía— y con el que estaba decidida a contraer matrimonio... Tenía, por lo tanto y a toda costa, que desafanarse, aunque fuera por una sola vez, de las caperucitas rojas: «...recordé entonces», escribieron que ella había dicho, «que Felipe solía dejar las toallitas encima del buró sin preocuparse por ellas hasta que, después de los prolegómenos del amor, sentía que era el momento de cubrir su miembro. Yo aproveché una distracción de mi amado y con los dientes practiqué en algunas varios agujeritos por los que pudiera escurrir el semen y depositarse en mis entrañas... Felipe nunca se dio cuenta de mi engaño; vamos, ni siquiera se percató de mi incipiente barriguita cuando, a la orilla de un palmar, me hizo escuchar la canción titulada *Peregrina*, escrita en mi honor por el vate Luis Rosado Vega y musicalizada por el famoso trovador Ricardo Palmerín, y mientras la cantaban, por supuesto con los ojos vendados, él y yo nos inspiramos para darnos un agarrón de padre y señor mío ahí encimita de la arena».

Matilde no tuvo que leer más de los embustes vertidos en el pasquín para que su imaginación se pusiese al trote. Así, aunque los condones eran más resistentes que las caperuzas, pudo perforar algunos. Su maniobra dio resultado y el alemán Alzheimer jamás advirtió lo que había sucedido y mucho menos pudo adivinar que sería el «padre desconocido» de una pequeña walkiria que, a pesar de cierto extrañamiento fugaz manifestado por don Gastón, su padre putativo, llevaría el apellido Suplice precedido por el nombre de Kurticia con el que literalmente se emperró su madre.

El último embarazo de Matilde ni siquiera fue planeado. Se dio por casualidad una tarde en la que ella, vestida tan sólo con una bata de estar, confeccionada con seda cruda, de amplio escote y que tenía una abertura que desnudaba sus piernas, salió a dar un paseo por las veredas que bordeaban el prado que circundaba la casa recién construida en la calle de Virrey Antonio de Mendoza número 8, en las Lomas de Chapultepec.

Filemón, el jardinero, estaba en esos momentos ocupado en el arreglo de un arreate de azaleas que había invadido un pedazo del terreno destinado como rosal y apenas percibió —gracias a la fragancia del perfume de gardenias que ella llevaba impregnado en su piel— la presencia de su patrona. Sin embargo, una vez que ella hubo pasado, levantó la vista y quedó en éxtasis con el avance rutilante de las caderas ceñidas por la tela. El perfil de las curvas de Matilde lo atrajo como si fuese un imán y comenzó a sudar copiosamente. Filemón era un pelado respetuoso al que jamás se le hubiera ocurrido mirar a su señora a los ojos. No estaba en sus planes y menos en sus intenciones aventurar un escarceo erótico que, era lo más probable, podría costarle el despido si no es que un apando en la comisaría.

Empero Matilde, con ese sexto sentido periférico que, a manera de radar portan las mujeres en el cuerpo, sintió la mirada lasciva, cargada de deseo, y con las piernas abiertas se detuvo a medio camino. Luego giró el torso y sin oponer barrera alguna enfrentó al hombre que aún permanecía inclinado. No hubo necesidad de

palabras para que ambos comprendieran su mutua disposición a presentar batalla. Ella recordó su lectura de la novela *El amante de Lady Chatterley*, en alguna forma se identificó con la protagonista, y él rememoró la grupa de la última yegua que había arrendado en la hacienda Candilejas de su patrón, a la que en un descuido le había metido, hasta el tope, el fierro que adornaba su paquete. Un enclave, si se quiere anacrónico y un poquitín aventurado, más propicio para un abrazo incandescente.

Filemón entonces, más que nada porque a él como varón le correspondía tomar la iniciativa, cortó una rosa de Castilla, se sacudió la tierra adherida a su overol, dio tres zancadas y entregó la flor en las manos trémulas de Matilde. Ella la olisqueó y se mostró complacida. Un acto reflejo la inclinó a tocar las manos del jardinero como muestra de agradecimiento. Sin embargo, significaba algo más y ellos así lo entendieron.

En una esquina del jardín estaba el cuarto de los trebejos donde Filemón contaba con una colchoneta en la que acostumbraba tirarse para descansar después de haber cumplido con sus faenas. Sin mediar palabra, ambos encaminaron sus pasos en dirección hacia dicho rincón. Estaban solos y no tenían que preocuparse porque hubiese un testigo, una sirvienta fisgona o alguno de los niños jugueteando en el césped.

Matilde ingresó en el cuarto, dio dos pasos y, una vez parada a un lado de la colchoneta, se despojó de la bata. Quedó impudicamente desnuda bajo el rayo de sol que penetraba por un tragaluz, igual que si fuera la diosa Venus plasmada por Botticelli en el momento de emerger del cáliz de una concha de Santiago de Compostela... Contra lo que ella esperaba, Filemón, en lugar de echársele encima como un depredador sin escrúpulos, se entretuvo en la contemplación de su cuerpo. Dejó que transcurrieran varios minutos. Después, empezó a jadear mientras palpaba los senos de la hembra, pellizcaba sus pezones, acariciaba sus nalgas, sus muslos, e, inclinado y con los ojos desorbitados, lamía golosamente su entrepierna.

Matilde sintió cómo el fuego invadía sus entrañas. Con cierta impaciencia ayudó a Filemón a despojarse de la ropa que llevaba puesta. Tuvo que batallar para desprender el calzón de manta —por cierto, sin bragueta— y poder pulsar la espiga amotinada, que en esos instantes concibió enorme. El hombre la penetró con fuerza y con sus manazas, toscas y rasposas, la levantó por las nalgas a fin de incrementar el placer y obligarla a lubricar su vagina con los fluidos de almizcle que tanto le gustaban. Se corrieron al mismo tiempo, con tal fuerza y plenitud que Matilde, sin dudar por un segundo, entendió que había quedado encinta. Cargada como la yegua que durante el coito se había mantenido presente en la imaginación de su amante.

Nueve meses más tarde, a partir del día de san Juan señalado en el calendario de ese año, Matilde dio a luz a una bebita rubicunda, cubierta de pelusa negra y con un mechón de estropajo en medio de la coronilla

—¿Otra niña? —se quejó don Gastón sin haberla visto; y a continuación ordenó a doña Matilde que dejara de embarazarse—. ¡Son muchas viejas, mujer! ¡Tres! Si sigues así, esta casa se va a convertir en un gallinero. ¡Te prohíbo que tengas otro hijo! ¡Cinco son más que suficientes! ¡Con eso me basta para demostrar ante la sociedad que soy un macho a carta cabal, cumplidor al igual que el más rijoso de mis amigos!

Matilde supo que, por fin, había triunfado. Que podía cerrar la tienda de las cigüeñas y, para su placer y jolgorio, sólo dejar abierta la carpa de la farándula.

Tal y como se lo había propuesto, Gastón Suplice llegó a ser «padre» de cinco vástagos que nacieron al hilo; dueño y señor de una progenie variopinta a todas luces de alcurnia, misma que gracias a los genes heredados de la familia Suplice podría presumir de un abolengo que nadie, ni el más pintado en chismes y maledicciones, se atrevería a poner en entredicho... Lástima que, con excepción de Gastón júnior, los demás no fueran suyos. Nunca

reparó en el hecho de que el varoncito y las tres niñas no se le parecían en nada. No tuvo la oportunidad de constatarlo debido a su singular manía de no querer verlos hasta que cumplieran diez años. Engolfado en su soberbia y en la seguridad de que su mujer, encandilada por su apostura y el vigor de su carácter, sería incapaz de engañarlo, no sintió extrañeza y jamás sospechó al compartir la mesa de iniciación con un preadolescente de piel morena y ojos verdes, ni, en sus respectivos años, con una chica pelirroja plagada de pecas, con otra más rubia y con facha de germana, y, por último, con una mestiza que tenía fisonomía de garnacha y los mismos dientes blancos y relucientes que ostentaba Filemón el jardinero.

Don Gastón, sin que nada le hiciese perder el sueño o alterar su permanente cachaza, continuó con su despótica vida, enfrascado en los negocios financieros e inmobiliarios que compartía con sus socios Federico de la Chica y don Aarón Sáenz. También, nunca las hizo a un lado, con las partidas vespertinas de dominó en el Casino Español en las que de vez en cuando aparecía *el Moro* veracruzano, don Adolfo Ruiz Cortines, a quien agradecía, una vez abierto el juego con la mula de seises, que lo saludara con deferencia. Tampoco faltaba, los martes y los viernes, a las caminatas en el campo del Country Club en compañía de quienes sí sabían jugar y les gustaba el golf, un «deporte» que años más tarde sería la ocupación predilecta y requisito de estatus de la generación de los pájaros nalgones que acapararon las casas de Bolsa y serían los progenitores de infinidad de mirreyes.

Don Gastón Suplice se daba tiempo para cultivar las aficiones que otorgaban sentido a la satisfacción del ocio. Así, no podían faltar las cabalgatas que con fervoroso entusiasmo organizaba tres veces al año, junto con el júnior Alejandro de la Vega, don Alfonso de Robina, el jugador de polo Federico Gracida y *el Manco* Jáuregui, en las vastas extensiones de las tierras que pertenecían a la hacienda de Candilejas en el estado de Querétaro y al pie de la Sierra Gorda. Incursiones que los jinetes aprovechaban

para reunirse con los peones dedicados a marcar el ganado con sus propias iniciales GS y compartir la barbacoa y los mixiotes deliciosos que éstos preparaban con ancestrales recetas campiranas. Asimismo gustaban, cuando se daba la ocasión, de quedarse a dormir en los caseríos diseminados en la sierra, y si había una o varias bodas en puerta, ejercer una de sus tantas prerrogativas mantenida como secreto a voces: el derecho de pernada con las pobrecitas novias que, desbalagadas y sin haber podido huir a tiempo, caían en sus garras.

Don Gastón, aunque refinado y pulcro, así lo calificaban aquellos que lo conocían en la intimidad, si por algo se distinguía era por ser un cabrón de cuarta y para dejarlo en claro mantenía sus visitas periódicas y rutinarias a una fulana, su amante, conocida como *la Pantera* que, amén de haberse endilgado el apodo de una estación de radio —La Pantera de la Juventud en el número 101 AM del cuadrante de los receptores—, era una morocha bien brava dada a difamar a sus concubinos, que muchos tenía, con la propagación de carencias francamente inconfesables.

Un cabrón sí, mas siempre con un ojo al gato y otro al garabato. Ya para cuando la menor de sus hijas andaba por los quince años decidió involucrarse en la política. Hizo los cabildeos que consideró necesarios y acudió a los amigos trepados en el candelero para hacerse de un lugar entre el grupo de politicastros y acarreados que adulaban a don Miguel Alemán, *el Cachorro de la Revolución* —como lo bautizara don Fidel Velázquez—, que comenzaba a brillar con fuerza en el firmamento de la grilla y se enfilaba —como tapado del PRI— para ocupar —como ya se aseguraba— La Grande; esto es, la Presidencia de la República.